



Tres días en el extranjero

GILLETTE OPERA — ATTO IV: FUORI ZONA

EPISODIO 1 - PARTE B

TRES DÍAS EN EL EXTRANJERO

Cuando vino a recogerme al pie de mi edificio aquella mañana era muy temprano: esa era su manera de trabajar. Siempre decía que la mañana tiene oro en la boca, y que todo lo que hagas, todo lo que produzcas entonces, no podrá repetirse jamás por la tarde. Eran las 5:30. Me dijo, medio en broma, que llevara el pasaporte, y yo le repliqué pidiéndole que me dijera de una vez adónde diablos íbamos de verdad.

Sicilia es parte de Italia, dije, no necesitamos pasaporte para eso; pero él se rió y dijo: para alguien como tú, acostumbrado a la provincia, a los pueblos pequeños, a esta clase de territorio, si te perdieras en una ciudad como

Catania, un millón de personas, al menos sabrían de dónde eres y te mandarían a casa.

Ja ja ja ja ja.

Esa era su forma de decir: buenos días, Nando, aquí estoy, y sé que no eres ningún trotamundos.

Llegamos al ferry, y me miró de arriba abajo. Me había comprado un traje azul para la ocasión, una camisa celeste, una corbata azul, zapatos nuevos que chirriaban, y me sentía seguro de todo aquello.

Me había afeitado, me había puesto una de mis clásicas lociones para después del afeitado de Gillette, tenía el pelo pulcro, el espíritu limpio: de verdad iba impecable. Pero algo me hizo detenerme a pensar: sabía que él tenía algo en mente, solo que no sabía qué.

Me tomó del brazo —vamos al bar, primera planta—, me dijo que lo siguiera, y cuando llegamos me metió directo en el baño de hombres.

Me dijo que me quitara la chaqueta, la corbata, la camisa, que me lavara bien la cara y me deshiciera de aquella maldita loción: dijo que era cosa de viejos, que le recordaba a lo que usaba su abuelo, lo bastante fuerte como para espantar tanto a los mosquitos como a su abuela.

Me tendió un pañuelo tipo ascot para reemplazar la corbata, y un pañuelo de bolsillo para la chaqueta. Luego me quitó mi flamante Casio, el de la calculadora incorporada, y me dio un reloj recién sacado de su caja —un Omega Seamaster, caja de acero—, me dijo que lo llevara en la muñeca derecha, y me deslizó una pulsera de plata blanca en la otra.

Pensé que eso era todo, pero entonces sacó del bolsillo un frasquito de

perfume francés, pour femme, y me ungió con él.

Ese es un perfume de mujer, Giorgio, ¿qué diablos haces?

Me detuvo y dijo: hombres y mujeres a menudo llevan aromas hechos para el sexo opuesto, no por cómo huelen, sino por lo que están destinados a hacer.

No te preocupes, lo entenderás; solo confía en mí en esto.

Pero ya no sé si vamos a trabajar o si te has buscado una excusa para ir de mujeres sin decírmelo; avísame.

Sonrió y dijo: vamos a trabajar, no vamos de mujeres; pero hay una mujer en particular a cuyo nombre le debemos respeto, y no lo olvides nunca: se llama tía L'Oréal.

Era hora de bajar del ferry, de desembarcar en Sicilia, aunque nadie nos pidió jamás el pasaporte. Las calles estaban limpias, y la gente hablaba de usted con el «Lei», mientras que allá en casa, en Calabria, usábamos siempre el viejo «Voi». Esa fue la primera diferencia, mi primera lección: de verdad estábamos en el extranjero.

Ferdinando